

El placer de entrar a un patio

¡¡"JAMBOL"!!

Amanece en el valle de El Bolsón. Al norte del pueblo comienza a iluminarse la Escuela Rural N° 139. Su edificación antigua, sólida y espaciosa, se levanta al costado de la ruta, a doce km. del pueblo, con sus aulas para cada grado, su galpón-gimnasio y su taller de carpintería. Detrás de la escuela pasa el río Quemquentreu, que sigue hacia el sur bordeando los siete kilómetros del largo Barrio Luján, dándole vida a chacras de lúpulo o de frambuesas y a pequeñas huertas familiares. Del otro lado, el este es una inmensa muralla. El cerro Piltriquitrón se levanta imponente, extendida pared de piedra que proyecta su sombra sobre todo el valle.

Un despertador natural despabila a Ceferino, el portero. El amanecer es todavía sólo una lejana línea en el oeste, un reflejo a contramano proyectándose sobre los picos del Hielo Azul, más allá está Chile. En la oscuridad, Ceferino sale a picar un poco de leña para el mate. Hecha "chamiza" en la "económica" y se queda unos instantes mirando jugar el fuego. Hasta que el agua se caliente tendrá tiempo de dar comida a sus gallinas y a sus pavos que "corren p' acá" ni bien abre la puerta. No muy lejos los teros contestan el canto de las bandurrias.

Como todos los días, Ceferino esperará que el reloj marca las siete para caminar los cincuenta metros que lo separan de la 139. Cruza el puente del canal y ve que le falta una tabla; "es ceniza", se dijo, pensando que la habían llevado como leña. Ya ha encendido el fogón y las salamandras, cuando empiezan a llegar los chicos del Mallín y de la Rinconada. La larga caminata entre cipreses y radales les ha puesto cachetes y narices coloradas por el frío. Entre risas, se van acomodando, apretaditos, al lado del fogón de la galería. Luego llega el colectivo escolar, blanco arriba, marrón abajo, de recorrer tantos kilómetros de tierra por el corazón del Barrio Luján. Bajan los chicos y algunos maestros. Unas nenas corren para alcanzar una hamaca, otros se acomodan en el cerco de alambre y empiezan un partido de bolitas; el resto se queda conversando por el patio.

Ceferino llama a Pablo y le pide que lo ayude con la leña. Mientras caminan hasta el taller de carpintería en busca de una carretilla, conversan:

-¿Y ese juego, Pablo, el que han estado armando desde hace unos días en el recreo?.

-Lo enseñó la profesora de Educación Física, se llama jámbol.

Alejo entra a quinto grado y ve a Jesús que tiene la pelota inquieta debajo de su pie derecho, como anunciando la llegada del recreo. Suena la campana y en tres segundos el patio esta repleto: los más chiquitos ocupan enseguida el sector de los juegos; unos diez varones corren detrás de Cornelio que lleva el fútbol. Hay protestas: durante la corrida barrieron hoyo, líneas y bolitas de otros jugadores.

Las nenas más grandes dan vueltas por el patio, conversan, se ríen. Se adivina que unas acompañan a las otras siguiendo curiosas el rastro alegre los chicos.

Desde este momento, los dioses de lo vivo y los sumergidos en la oscuridad, vuelven a presenciar algo que ellos creían no sucedería más. Los dioses de abajo son mal arriados y "chascones" y se empacan con todo lo que venga de arriba: los ruidos, las risas, el sol. Por eso rezongan cuando escuchan que Jesús empieza el partido haciendo picar la pelota. Mientras, uno de los dioses de arriba, que había estado esperando con ansiedad que los chicos salieran al recreo a jugar, lanza una estruendosa carcajada que hace temblar su bonachón y voluminoso ser. Los otros dioses, animados por su alegría, se le acercan para ver de que, se trata.

-Es que los chicos están jugando -dice- mientras se escucha un "no vale pechar huevón", por un empujón que no es causa de enojo. Y el juego vuelve, siempre vuelve. Los chicos parecían tener alas en la cancha. No había golpes ni disputas, pero lo que más placer producía era ver el desparramo de reglas ignoradas.

Ellos hacían trampas sin hacerlas, porque parecía existir un pacto implícito de violar las normas.

-¡Ya me duele la cabeza de tantos golpes de pelota y corridas!- gritaba uno de los dioses ocultos.

- ¡No puede ser! Decía otro.
- ¡Encima miren lo que hacen!
- ¡El arquero pateo la pelota!
- ¡Dan cuatro o cinco pasos antes de picar!
- ¡Y todo sigue como si no pasara nada!

Sin embargo, pasar, pasa. Por eso los dioses de arriba disfrutaban cuando ven llegar hasta la cancha (y atravesarla como si nada) a unas nenas con rastrillos, o cuando Benito -que esta en el arco- sacó de su bolsillo unas tortas fritas para convidarle a unos nenes de primer grado, que juegan a sus espaldas tratando de embocar en un aro de básquet, envueltos todos en la nebulosa de la no pertenencia al mundo de ese juego. Pasar es como si no pasaran, y los chicos parecen esquivarlos como si fueran transparentes o su existencia demasiado leve o efímera para interrumpir el juego. Benito ni siquiera piensa en ellos cuando, parado a un costado de la cancha, ve que Germán corre la pelota apretadita contra del pecho, esquiva a Quique, se acerca al arco y hace gol. Y termina el partido porque toca la campana.

El portero Ceferino, que ha seguido el partido como atento espectador, le pregunta a Joaquín:

- ¿Quién ganó?
- El equipo de Remigio.
- ¿Por cuánto goles?, yo no vi festejar ninguno.
- No sé, pero me parece que metieron más goles.

Entonces los dioses de arriba y de abajo sienten el placer, el mismo que sienten desde hace más de 500 años, de poder disfrutar de un juego sin tanta regla impuesta desde afuera y ver que se está jugando cada vez mejor.

¿Qué dirán sobre esto los dioses de arriba?

Prof. Ornella Scarlino
Prof. Marcela Gómez
Escuela 139 - El Bolsón

COMENTARIO FINAL

La tarea de observación y registro en los patios de las escuelas rurales nos llevó muchas veces al debate y a la duda, a la reflexión y al desconcierto. En el atrapante juego de analizar situaciones concretas, investigadores y docentes encontrábamos material suficiente para alimentar apasionadas discusiones que animaron otros talleres, con otros maestros, en otros patios. Acostumbrado a ese ejercicio, es que quiero terminar este artículo con uno de los comentarios nacidos en las discusiones de taller, con la intención de que algún lejano lector arrime también sus opiniones. Veamos.

"Lo que más placer producía -dicen Ornella y Marcela en su texto- era el desparramo de reglas ignoradas". Es que uno sabe que el deporte nace con pretensiones de mantenerse como juego; es, debería ser, diversión, esparcimiento, entretenimiento, solaz, alivio. Permanece en la esfera de lo lúdico cuando su desarrollo y su estructura se mantienen flexibles; cuando los propios jugadores disponen las adaptaciones que convengan según necesidades e intereses del momento.

Para ser más claros, pensamos que el juego deportivo mantiene su esencia de juego (sobre todo si hablamos principalmente de los niños) cuando -como en los picados de los "potreros" informales-, no importa tanto la medida de un arco, el tamaño de una pelota, la cantidad de integrantes de un equipo ni la exigencias del reglamento impreso.

En nuestras observaciones de juegos deportivos infantiles informales, hemos podido constatar que lo que verdaderamente importa es estar con otros en la consecución de un proyecto de juego. En este proyecto "la negociación de las reglas con las que se va a jugar es una compleja y ardua tarea, parte del juego, a la que los mismos jugadores se abocan empleando distintas estrategias

para construir acuerdos y consensos que permiten que el juego ocurra", sabiéndose los dueños de esa situación efímera. (Pavía, Russo, Santanera, Trpin, "Juegos que vienen de Antes", capítulo: "Poder jugar, aspectos de una negociación cotidiana", HUMANITAS/94).

Este quizás sea el caso de los jugadores de JámboI observados por Ornella y Marcela, que se resistían a incorporar todas las formalidades del deporte porque para ellos "jugar con tantas reglas es una aburridera" (sic).

Fácil es imaginar los problemas con los que se encuentran este tipo de jugadores en la formalidad de los torneos intercolegiales de Hándball cuando, sin poder negociar las reglas "oficiales", descubran que el asunto es demasiado serio y que ya no tienen la posibilidad de decidir con otros la manera de divertirse juntos.

Son las organizaciones deportivas las que indican las únicas formas válidas de practicar "oficialmente" un deporte en tanto "la difusión de un deporte se asocia lógicamente con su orientación a la performance y la homogeneización." (Callade/93). Los deportes, -sobre todo los deportes que se convierten en espectáculo de masas y en una "industria sin humo"-, necesitan reglamentaciones que estandaricen el producto, que faciliten la comparación y posterior comercialización de la difusión de los resultados.

El jugador ya no decide cuándo, cómo y con quien jugar; cómo emparejar las diferencias entre equipos; cómo mantener hasta el final la incertidumbre por el tanteador gritando, por ejemplo, que sólo el último gol es el que gana. En los torneos "oficiales" el jugador pierde el control sobre la situación en la que juega. El, solemos escuchar con demasiada frecuencia, se debe a su club, a su escuela, o a su barrio.

Por Prof. Víctor Pavía (Arg.)